

Juan Chichones tiene cinco segundos

Gustavo Rodríguez

Ilustraciones: Felipe Morey

loqueleg

Desde su posición protagónica, Juan Manuel podía ver con claridad las tres cámaras sobre sus soportes rodantes, a la asistente de producción con su cartel de instrucciones, al jefe del estudio dando indicaciones con señas y a los cientos de caras rugientes que se apiñaban en las graderías. Pero entre todos aquellos componentes, el que más lo distraía al momento de sus intervenciones era el rostro desaforado de Lucibel, que daba de alaridos.

—¡¡¡¡Vamos, borricooooos!!! —tronaba ella en primera fila. Su garganta parecía no cansarse nunca.

Sus últimos chillidos, sin embargo, eran comprensibles: el programa había ingresado a su etapa final, y Juan Manuel y su equipo estaban a punto de ganar el viaje soñado para toda su clase.

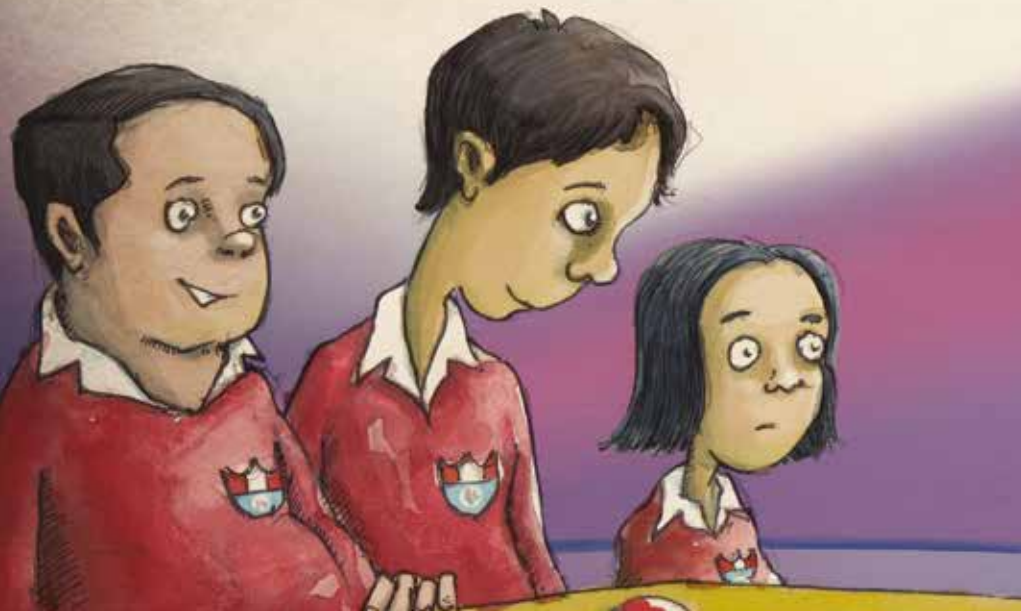
—Y ahora, por el lujoso viaje a Machu Picchu... ¡viene la pregunta final!

La música retumbó en todos los pechos y el presentador se acercó, con su traje verde y su micrófono dorado, a tantear al trío de concursantes.

Juan Manuel estaba al medio, flanqueado por Marita la Mudita y por Santiago el Pocotón, ambos excelentes alumnos.

—¡¿Están listos?! —sonrió el presentador mientras se atusaba un mostacho prominente en aquel rostro delgado como un plátano.

Juan Manuel sentía su corazón encabritado. «Tranquilízate, ellos deben estar tan nerviosos como tú», se decía mientras miraba de tanto en tanto a la mesa del otro trío participante. Se trataba de los



representantes de un colegio de gente adinerada, muy cercano al colegio al que asistía un par de años atrás. Dentro del vendaval que era su mente aún tuvo tiempo de pensar que, de no haber ocurrido lo que todos ya sabían de su padre, alguno de esos chicos podría ser amigo suyo.

—Les recuerdo que, si responden bien esta pregunta, el viaje será suyo.

Los tres asintieron. Se trataba de una ronda de muerte súbita. Los competidores de Juan Manuel y sus amigos habían errado la respuesta anterior, y ahora la gloria les tocaba a la puerta.



—¡Aquí me traen el sobre sellado, por cortesía de mochilas Pamz!

12 Mientras la guapa asistente se acercaba con la entrega al presentador, Juan Manuel tuvo tiempo, una vez más, de ver el rostro colorado de Lucibel. Era curioso cómo sus ojos se achinaban hasta casi desaparecer mientras que sus labios formaban un boquete. Era tal el espectáculo de su cara transformada que hasta la productora general del programa, una señora de pelos rizados y lentes caros, se había detenido a observarla con una sonrisa no exenta de perplejidad. Aquella señora era la misma que, cuatro semanas atrás, había mandado llamar al colegio de Juan Manuel para invitarlo a concursar.

Al principio, tanto el director Rosales como la tutora Pedernal habían pensado que se trataba de una broma. ¿Por qué entre los cientos de colegios de la ciudad se habían fijado en el suyo, pequeñito, en aquella loma de El Papayal?

La respuesta apareció después, evidente como un chichón en una cabeza pelada.

Para elevar la audiencia del programa, hacía un tiempo que a la productora se le había ocurrido invitar a participar a colegios donde estudiaran hijos de personas conocidas y, en una de sus reuniones de

programación, alguien recordó el no muy lejano caso de aquel niño raro que había salvado a un barrio gracias a su chichón.

Juan Manuel no era hijo de alguien célebre, pero sí había tenido sus tres días de fama y aquello era suficiente para ayudar a promocionar el programa hoy en día.

—Pero ¿y si hacemos el ridículo? —había dicho el director Rosales, timorato como siempre, al recibir la invitación.

13

—¡Acepte, acepte, que nos prepararemos bien! —le había respondido la tutora Pedernal que habría dado la vida por aparecer un rato en la pantalla.

Finalmente, su deseo se había cumplido.

La profesora, con laca en el pelo y dos horas de maquillaje en la cara, se mordía las bien pintadas uñas, observando en el estudio cómo el animador del programa se disponía a soltar la pregunta crucial.

—Y la pregunta es... ¡¿Quién fue el inventor de la radioooooo?!

De las graderías explotó un rugido y Juan Manuel tuvo tiempo de observar los rostros estupefactos de sus adversarios. ¡Era una pregunta muy fácil! No había ningún crucigrama donde no hubiera estado alguna vez.

A Marita la Mudita se le llenaron los ojos de brillo y su mano se estiró buscando el botón rojo para responder. Pero algo en las tripas le dijo a Juan Manuel que eso no estaba bien.

—¡Tiene que ser una trampa! —advirtió.

Marita la Mudita recolectó todas las palabras que pudo para responder.

—¡Es suerte!

14

Santiago el Pocotón, en tanto, inflaba y desinflaba sus cachetes gordos mientras hacía trabajar su prodigioso cerebro de lector ávido. En alguna novela que había gorreado a sus padres, un personaje se había enfrentado a esa pregunta. ¿Cómo se llamaba el libro? No importaba. Lo que importaba era hallar la respuesta.

—¡Faltan once! —se agitó Marita, que estiró nuevamente la mano para oprimir el botón, pero Juan Manuel volvió a atajársela.

—¡¡¡Apúrense, mulas!!! —rugió Lucibel desde su asiento, y la tempestad generada por los demás en las graderías parecía acompañar su deseo.

El director Rosales apretaba los puños y cerraba los ojos, probablemente rezando, y la tutora Pederal gritaba la respuesta dentro de su mente con tanta energía que las sílabas le salían despacito por la boca: Mar-co-ni.

—¡Tú la sabes! —le dijo Juan Manuel a Santiago, al verlo procesar sus recuerdos con los ojos cerrados.

Entre tanto, Marita la Mudita hizo un esfuerzo supremo para enlazar más de tres palabras en una sola oración y soltó toda su indignación.

—¡¡¡Todo el mundo sabe que fue Marconi, carajo!!!

Tras lo cual quedó blanca como un papel.

—¡Santiago está conmigo, ¿verdad?! —le respondió Juan Manuel.

—Cinco —murmuró Marita mientras su brazo derecho temblaba acercándose, una vez más, hacia el botón.

—¡¿Fue Marconi o no fue Marconi?! —le espetó Juan Manuel a Santiago, al borde de la desesperación.

—Tres, dos... —advirtió Marita y no pudo resistirlo más.

Apretó el botón y una luz cegadora cayó sobre ellos.

La batahola que había en el estudio se detuvo por un momento. El conductor del programa aprovechó el breve silencio para darle marco a los segundos que vendrían.

—Y la respuesta a «¿Quién inventó la radio?» eees...

Marita la Mudita empezó a tartamudear, sin llegar a completar una sola palabra.

—Mmma... ma...

—¿Perdón? —inquirió el conductor del programa—. ¿Estás llamando a tu mamá?

Algunas risas escaparon del público.

—Marconi.

16 —¿Respuesta final? —inquirió teatralmente el animador, afinándose un extremo del bigote mientras ojeaba la tarjeta en su mano.

—¡Tesla! —soltó de pronto Santiago el Pocotón.

—¿Disculpa? —inquirió el conductor del programa.

Juan Manuel observó la cara contrariada de Marita y también pudo ver que Santiago tenía los ojos bien abiertos, deslumbrados, como asustado de su propio conocimiento. Su cara mofletuda transpiraba a pesar del maquillaje.

Juan Manuel decidió hacerse cargo.

—Tesla —sentenció.

Las graderías aguantaban la respiración, salvo la tutora Pedernal, que estaba a punto de jalarse esos pelos bien laqueados. El silencio se vio, de pronto, desplazado por una fanfarria de trompetas y tambores que hizo saltar los pechos.

El animador se guardó la tarjeta en el bolsillo del saco.

Carraspeó.

Y estalló.

—¡¡¡Es correcto!!!

Una cumbia explotó a todo volumen mientras miles de papelitos plateados caían del techo. En las pantallas aparecieron hermosas imágenes del Cusco y Machu Picchu con el nombre del colegio de Juan Manuel escrito sobre ellas.

17



—¡Nikola Tesla, científico nacido en lo que hoy es Croacia y nacionalizado estadounidense —anunciaba el animador en mitad de la batahola—, fue proclamado por la Corte Suprema de Estados Unidos como el inventor de la radio en 1943, luego de décadas de habersele dado el crédito al italiano Marconi!

Pero nadie lo escuchaba.

18 Marita, Santiago y Juan Manuel se abrazaban con fuerza, liberando los músculos y la tensión de esos días. Los adversarios del otro colegio se consolaban mutuamente y trataban de sonreír con dignidad ante las cámaras. Lucibel bailaba moviendo el poto y la maestra Pedernal palmoteaba a su lado, animándose también a dar unos pasos. En tanto, el director Rosales había besado furtivamente su rosario y lo guardaba, agradecido.

Los siguientes minutos transcurrieron entre la fiesta y el protocolo.

La tutora Pedernal fue llamada a recibir el certificado del premio a nombre de la clase, mientras que Lucibel fue la primera en romper el invisible cerco de pudor que separaba a las graderías del espectáculo en vivo. Al verla a ella adentrarse en el escenario, corriendo y gritando alborotada, el resto de su clase la imitó por riadas.